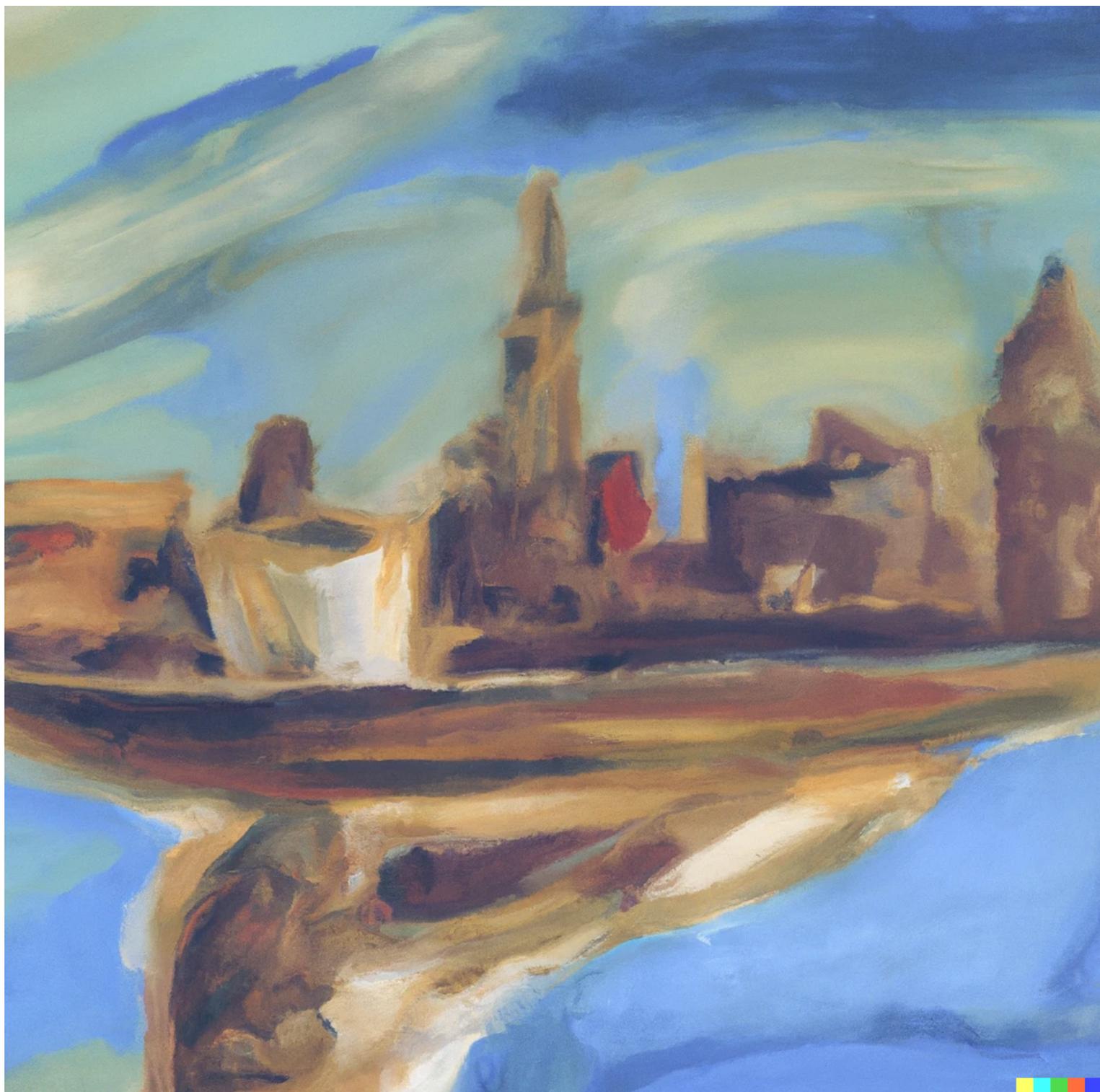


UN PLATITO DE SECRETOS

Manuel Sepúlveda



Capítulo 1

EL MURO EN LA CARRETERA

Ya era mediodía en medio de la carretera. No había tráfico en ninguno de los carriles. El campo estaba completamente verde, las lluvias se habían encargado de hidratarlo en abundancia y ahora este verdor renovado reflejaba los incesantes rayos del sol de verano. El viento soplaba con suavidad y los árboles se mecían con tranquilidad.

La familia M recorría aquella solitaria carretera. Habían decidido salir de vacaciones aquel fin de semana e ir a su casa de campo lejos de la ciudad. El señor M conducía, mientras que la señora M escuchaba la música que escogía como banda sonora de aquel viaje familiar. La niña y el niño M dormían profundamente en los asientos traseros del vehículo familiar. El constante movimiento del automóvil los arrulló y el sueño los venció apenas y salieron de la ciudad.

El señor M conducía únicamente con su mano izquierda, mientras apoyaba la otra mano sobre el vidrio a su izquierda. Le extrañaba el hecho de que la carretera estuviera completamente sola considerando la hora y el día en el que se encontraban viajando. No faltaba mucho para cruzar el primer pueblo, por lo que sabía que tarde o temprano se encontrarían con el insufrible tráfico de la tarde.

-Cariño, ¿qué es eso? – preguntó la señora M a medida que señalaba al horizonte.

El señor M tomó el volante con las dos manos y entrecerró los ojos para poder ver mejor hacia donde apuntaba su esposa.

-No veo nada- contestó.

- ¿Enserio? Creo que hay algo de neblina adelante- replicó la señora M con preocupación.

El señor M se esforzó más por ver el horizonte.

-Espera...-

El vehículo frenó casi de golpe. Tanto el señor M como la señora M casi golpearon sus cabezas contra el tablero del auto. Los niños se sacudieron de manera violenta y se despertaron con una mezcla de confusión, ira y angustia.

- ¡Mami, papi! ¿Qué pasa? - preguntó confundido el niño.

El señor M ignoró la pregunta y, sin pensarlo dos veces, se quitó el cinturón de seguridad y bajó del auto. La señora M, aún agitada, tan solo miraba hacia adelante mientras les ofrecía la mano a sus dos pequeños.

- ¿Un muro? -Se preguntó en voz baja el señor M. - ¿Un maldito muro en medio de la carretera? ¿Qué demonios es esto?

Incrédulo, el hombre se acercó al muro que se erguía en medio de aquel camino. Cuando se acercó lo suficiente, lo tocó y admiró la increíble altura con la que contaba aquella insólita estructura. Un poco de residuo de concreto se quedó en sus dedos, lo miró detenidamente hasta que se desvaneció con el viento y se convenció de lo que veía era real.

La señora M bajó del vehículo y se acercó a su esposo, lo tomó del hombro y también se atrevió a palpar el muro. Ella quedó tan convencida como él. Miraron hacia el este y el oeste y se percataron de que el muro se extendía hasta donde su vista podía ver. Atónitos, regresaron al auto con sus dos pequeños hijos.

- ¿Qué hace esa pared ahí, mami? - preguntó la niña.

-No lo sé cariño, no lo sé - respondió la madre, en extremo confundida.

La señora M tomó a su niña en brazos sin dejar de admirar aquella absurda e increíble pared.

- ¿Qué hacemos ahora? - inquirió el niño.

El señor M se hacía la misma pregunta. No tuvo más remedio que ignorar el gran muro, decirle a su familia que entraran al auto y explicar que regresarían a casa. Todos asintieron silenciosamente y entraron de nuevo al vehículo. El señor M dio la vuelta y comenzaron su viaje de regreso a casa pero pronto fue interrumpido por algo mucho más familiar. Un convoy militar conformado por tanques, camiones y vehículos blindados se acercaba a paso veloz hacia la posición del muro. El señor M tuvo que frenar de nuevo mientras los soldados y sus transportes pasaban por ambos lados del automóvil.

Uno de los soldados se acercó a la ventana del conductor y le hizo una señal al señor M para que bajara el vidrio. El señor M hizo lo acorde.

- ¿Hacia dónde se dirige, señor?

- Iba hacia pueblo A, pero me he topado con el muro así que decidimos

volver a la ciudad.

- ¿Estuvo en contacto con el muro?

El señor M empezó a temer lo peor.

-No, no para nada.

La señora M comenzaba a respirar con fuerza, sus manos comenzaron a temblar.

- ¿Estuvo cerca del muro? ¿Cuánto tiempo estuvo allá? - El soldado señaló el lugar donde se erigía el muro.

- No mucho, para ser sincero, apenas vimos el muro cuando decidimos dar la vuelta y volver.

El soldado pensó por un momento sobre la respuesta del señor M.

-Me comentó que se dirigía a pueblo A, ¿correcto? - cuestionó el soldado.

El señor M asintió con la cabeza.

-Señor, disculpe, pero no puede volver a casa ahora o a pueblo A en el futuro - dijo el soldado con tono sereno.

- ¿Qué me está diciendo? - replicó el señor M con evidente irritación en su voz. - Voy a volver a casa con mi familia, no tengo tiempo para quedarme aquí.

-Señor, usted no entiende. - Contestó el soldado. Su tono de voz no cambiaba. - Pueblo A y Ciudad G ya no existen, se desvanecieron hace décadas. Este camino no ha sido usado en años, no entiendo cómo llegó hasta aquí, pero...

El señor M perdió la paciencia. Se liberó del cinturón de seguridad, abrió la puerta con violencia y tomó al soldado por el pecho. La familia M miraba con desconcierto aquella escena al tiempo que trataban de procesar las palabras del soldado.

- ¡¿De qué carajos me está hablando?! ¡Salí hace una hora de mi casa en Ciudad G! ¿Cómo se atreve a jugarme una broma así? Pedazo de...

El señor M calló y tanto el soldado como él se estremecieron al mirar y darse cuenta de que el cielo y el muro comenzaban a caerse como una pintura que se resquebraja con el tiempo. Pronto, el paisaje caía como un telón hacia el suelo, sin nada que lo detuviera. Los tanques, vehículos blindados, camiones y soldados veían aquel fenómeno sin poder hacer

nada para evitarlo. El velo del horizonte cayó con lentitud y no hubo más muro o carretera. Todos quedaron en silencio, mientras admiraban el negro mate del nuevo y terrible horizonte.



Capítulo 2

LA PLAYA

Arenas blancas y aguas cristalinas, era todo lo que ella observaba día tras día. El horizonte se expandía hacia el infinito, en donde cielo y tierra se encontraban y el magnífico sol naranja se escondía por la noche. El verdor de las palmeras y las plantas de la costa ofrecían un contraste que resultaba más que agradable a su vista. La sombra de aquellas palmeras ofrecía un poco de frescura a aquella paradisíaca playa, aunque el sol nunca llegaba a quemar o a incomodar la piel. La temperatura siempre era ideal y las estaciones parecían ser meras leyendas que tan solo afectaban a otras partes que se encontraban lejos de aquel pedacito de tierra.

Aquella chica se resguardaba en una pequeña choza a unos cuantos metros de la costa. Jamás faltaba comida o agua, por lo que ella podía dedicarse a explorar y a recolectar curiosidades durante sus largos paseos por la inmensa playa. Jamás se cuestionó el cómo llegaban las provisiones a su casa, ella pensaba que probablemente se perdía en sus andanzas diarias y olvidaba haber traído las cosas a casa. No le daba mucha importancia, la vida era tranquila y el tiempo parecía haberse estancado para siempre.

No había otras personas, pero eso no la incomodaba, pues la naturaleza le ofrecía toda la compañía que necesitaba. El incesante sonido de las olas chocando con la playa era más que suficiente. Sin embargo, siempre existió una pequeña chispa de curiosidad en su cabeza, una chispa que a menudo la invitaba a acercarse a la frontera que existía en lo profundo de la selva. Pocas veces llegó a esta frontera, pero siempre se encontró con una cadena enorme de montañas que le impedían pasar. La superficie de aquellas montañas era perfectamente lisa, por lo que no había manera de escalarlas y no presentaba signos de erosión o recovecos que permitieran saber más sobre aquella particular formación. No importaba mucho pues, todo lo que necesitaba estaba ahí, en la playa.

Una noche, después de un día exhaustivo dedicado a la recolección de rocas y pequeñas conchas, la chica dormía profundamente bajo la luz de la luna. El único sonido era el del viento y las olas a lo lejos, hasta que el aire se perturbó dentro de la choza con un movimiento brusco y un sonido anormal, parecido a un golpe grande y seco. Ella despertó rápidamente, su corazón latía acelerado y su respiración era agitada. Saltó de su lecho y salió para investigar la razón de aquel ruido. Sus ojos solo alcanzaron a ver a una figura larga y oscura que se alejaba rápidamente hacia los cielos, mientras que golpeaba a los árboles y palmeras en su ascenso. La chica observó el cielo detenidamente, pero todo lo que pudo ver fue una nube oscura que se posaba en medio del firmamento, la cual parecía

cortar el resto de las nubes y las estrellas. La nube desapareció y la tranquilidad volvió a reinar en la playa. La chica volvió a su choza, y para su sorpresa, sus provisiones habían sido repuestas.

Algunos días pasaron y la chica ahora estaba determinada a observar a aquella extraña entidad una vez más. Ahora padecía de insomnio y ya no disponía de la misma energía para ir en sus paseos diarios por la playa, pero no los extrañaba, pues su curiosidad era más fuerte que cualquier otra cosa ahora.

Pasaron los días, las provisiones ya no se habían repuesto como antes y, por primera vez, comenzaba a sentir hambre. Cansada de su inútil espera, una buena tarde decidió salir a recorrer la playa de nuevo. A su llegada, un letrero se posaba justo en medio de la cristalina playa. "San Tropez", leía el letrero. La chica se estremeció, pues jamás había visto tal letrero. A pesar de haber recorrido aquella playa cientos de veces y conocer cada uno de sus recovecos, jamás había visto tal letrero. Sin pensarlo, corrió de vuelta a su choza. Las provisiones habían sido repuestas una vez más, pero no solo eso, ahora había una cama y muebles de madera fina. Su corazón se aceleró una vez más y comenzó a ser presa de los temblores que trae consigo la desesperación. La noche cayó de repente sin atardecer que la precediera. No lo soportaba más, no podía seguir con la cruel duda dentro de su cabeza. Corrió de nuevo a la playa, solo para darse cuenta de que el sol había salido una vez más. El letrero seguía ahí, inmóvil. Su cabeza daba vueltas y las náuseas se hacían presentes. Pronto, notó que el suelo se movía como en un terremoto. La luna y el sol danzaban en el cielo y las estrellas caían del cielo hasta que se convertían en diminutas partículas que se integraban con los granos de arena de la playa. El cielo adquirió un color transparente y reveló a aquella entidad. La chica se paralizó, sus pupilas se contrajeron y un terror como ningún otro se posó violentamente sobre ella. Justo en el horizonte, una mano envolvía el cielo y sacudía la tierra como una bola de cristal. Tal vez, después de todo, su mundo no era más que eso: una pequeña bola de cristal llamada "San Tropez".



SAN7

TROPΞ

Capítulo 3

EN ALGÚN LUGAR, LEJOS DEL MAR

Todos escuchaban al viejo Dillinger mientras este se dedicaba a relatar sus numerosas aventuras a bordo de incontables submarinos que recorrían las profundidades del mar. Algunas historias eran dramatizadas en exceso por él mismo, esto a causa del alcohol que subía a su cabeza y de su memoria que poco a poco iba siendo degradada por los años. Aquel día, el viejo sorbía poco a poco la cerveza de su tarro, casi como si estuviera midiéndola de manera consciente. Entre sorbo y sorbo, su mente llegó a recordar la historia que se juró jamás volver a recordar.

- ¡Anda, viejo! ¡Cuéntanos la historia! – Le animó uno de los marineros más jóvenes y entusiastas que se encontraba sentado a su lado en la barra de aquel bar.

Todos se habían animado después de algunas copas. El viejo Dillinger no se inmutaba, tan solo fijó su vista en las botellas que tenía enfrente y recordaba lo sucedido.

-Hace tiempo...- todos callaron y aguzaron sus oídos para escucharle, - tomé un submarino que nos llevaría al otro lado del mundo. La misión era sencilla, bajar hasta el suelo marino, buscar la ruta más rápida a través de la depresión de Kichner y subir a la superficie en el nuevo continente. Nada especial, a decir verdad. Éramos 10 tripulantes, siete de nosotros eran marineros y solo tres eran científicos. Nos burlábamos constantemente de esos tres imbéciles... ¡ja! No soportaban la idea de compartir un submarino con escoria como nosotros. Partimos del puerto de ciudad Metropolan, todos estábamos listos para la oscuridad de las profundidades, pero muchos no estaban listos para pensar que esa sería la última vez que verían el sol.

El anciano tomó un cuantioso trago de cerveza, mientras que los marineros más jóvenes lo escuchaban con atención. Muchos solo querían escuchar las locuras del viejo y reír un rato, pero otros querían aprender sobre los peligros de las profundidades.

-El descenso fue de lo más ordinario – el viejo continuó su relato –. El submarino era de los más avanzados de su época y descendía como un ave sobre su nido. Nos tomó un día y medio llegar a la entrada de la depresión y nos adentramos por una ruta inexplorada. La visibilidad era terrible, pero por suerte el radar funcionaba de maravilla, nuestro piloto maniobró sin problemas a través de los múltiples acantilados. Los científicos pasaban horas en su laboratorio, mientras que yo monitoreaba

los sistemas del submarino, nada especial en verdad.

Ahora algunos rostros empezaban a mostrar notas de aburrimiento, ¿acaso el viejo se había quedado sin historias? Dillinger, por otro lado, no deseaba progresar, pero algo en su interior le decía que debía concluir el relato, por más doloroso que fuera.

-Durante la segunda noche, fuimos golpeados por algo. El submarino fue deshabilitado en su totalidad. La electricidad, junto con los sistemas de navegación, se apagaron al instante. Nos quedamos varados en el suelo marino. Ahí, en medio de la oscuridad, tuvimos que revisar el cuarto de máquinas con unas pobres lámparas y unos manuales húmedos, no había más para nuestra sorpresa. Nos adentramos al almacén y descubrimos un agujero en la pared, corrimos a toda velocidad para analizarlo y tapar cualquier fuga que amenazara nuestra supervivencia, pero el boquete ya había sido tapado por algo que los científicos describieron como una "viscosidad". Tomaron unas muestras y las llevaron al laboratorio. Para su suerte, nuestro electricista pudo encender los generadores de emergencia. La luces rojas y amarillas de emergencia se encendieron y los científicos comenzaron sus observaciones de forma ansiosa. ¡Como hubiera querido que no hubieran hecho nada, esos idiotas! -. El viejo azotó su tarro contra la barra de madera. Algunos de los jóvenes marineros borraron su sonrisa y se preocuparon por él. Jamás lo habían visto tan alterado.

-Calma, Dill, no continúes si no quieres – le dijo de manera reconfortante el bartender desde el otro lado de la barra.

El viejo sacudió la cabeza y tomó otro largo trago de cerveza.

-Uno a uno...todos fueron perdiendo la cabeza. Primero Nathans, lo encontramos con su traje manchado de sangre y sobre uno de los científicos. El pobre infeliz tenía varias puñaladas en la espalda, ni siquiera supo cuándo le dieron la primera estocada. Nathans estaba en trance, le hablamos, pero su mirada estaba totalmente perdida, había perdido la razón...o el alma. Le rogué al capitán que no lo hiciera, pero aún así le puso una bala en medio de los ojos, así sin más. "No tolero asesinos o rufianes en mi nave. Todos ellos merecen el infierno", me dijo. Contuve mis lágrimas, jamás había sentido algo tan insoportable.

La barra estaba totalmente en silencio, todos escuchaban al viejo Dillinger con gran atención e incluso buscaban la manera de acercarse más hacia él.

-El caos no tardó en desatarse. El capitán perdió la cabeza y comenzó a acusar a otros de asesinos y criminales. Mientras dormía, unos días después de la muerte de Nathans, el capitán trató de asfixiarme con un cojín. Luché con todas mis fuerzas y, ¡gracias a Dios aún era joven! Pude quitármelo de encima y molerlo a golpes...ese desgraciado hijo de puta.

No sabía si sentir alegría o remordimiento...esa noche acababa de matar a alguien por primera vez.

- ¿Por primera vez? – interrumpió uno de los marineros más jóvenes.

El viejo Dillinger lo miró directo a los ojos y le respondió:

-Escuchaste bien, hijo, por primera vez.

Todos miraron con incomodidad al joven y al viejo, el aire se puso denso y el calor en aquel bar se hacía cada vez más húmedo. Las risas se habían apagado y la incredulidad había escapado de las miradas de cada uno de los marineros.

La cerveza se había terminado, pero el viejo Dillinger se decidió a terminar su historia. No dejaría que décadas de miedo lo callaran. No más.

-Durante los siguientes días, trabajamos para arreglar el submarino. Uno a uno, los tripulantes restantes fueron muriendo, todos bajo circunstancias extrañas y horribles. A uno de los pobres científicos lo encontramos sin rostro colgando en el techo del laboratorio -. El viejo pausó un segundo ante el recuerdo de tal imagen. Recuperó la compostura y siguió con el relato. – Los motores fueron reestablecidos, pero Kerry, aquel que encerramos por haberse vuelto completamente loco, logró escapar del cuarto de seguridad y me atacó. Solo quedábamos nosotros dos. Jamás olvidaré la expresión en su rostro después de que perdió la vida, fue como si una parte de él hubiera vuelto antes de que la vida lo abandonara.

- ¿Qué pasó después? ¿Pudo escapar de ahí? – se escuchó una voz al fondo de la multitud aglomerada en la barra.

El viejo Dillinger se puso de pie y miró a todos los marineros que se encontraban frente a él. Todas las miradas entraban en un rango que oscilaba entre el desagrado y la estupefacción.

-Tomé control del submarino y volví al viejo continente. Emergí de la escotilla y dos oficiales me arrastraron hasta donde terminaba el muelle. No podía hablar, tan solo balbuceaba. Alguien, o algo...susurró tras de mi antes de cerrar la cabina de mando. No sé qué fue, pero ya no deseo recordarlo. La humanidad no hubiera sido capaz de tal carnicería, de tal horror y locura. Aquel susurro no provino de un demonio, sino de algo peor. Yo...no puedo seguir, tengo que irme.

Dillinger tomó su abrigo, se lo puso encima y salió con rapidez del bar. Una noche larga y atormentada lo esperaba en casa. Los jóvenes marineros se miraron unos a otros, incrédulos y pensando si realmente las

profundidades les pertenecían solo a ellos.

